

Finalmente diré que para perpetuar la memoria del malogrado general D. José Silverio Núñez, muerto en defensa de la libertad, el Gobierno del Estado, por decreto de 31 de Marzo de 1859, concedió á Huetamo el título de Villa de Núñez. Creo que es ya tiempo de darle el de ciudad por los elementos de riqueza y de cultura con que cuenta.

Y volviendo al relato, Valdés dictó con tal energía y persuasión sus órdenes para movilizar y aprovechar la guardia nacional de Huetamo, que en la primera mitad de Enero se veían en todos los caminos que conducen á la población individuos y grupos de hombres que, con el fusil al hombro ó montados á caballo con la lanza en la cuja, caminaban para ingresar á las filas en la cabecera del departamento.

El 2 de Enero estábamos en la hacienda de Laureles. Las fuerzas de la línea habían sido citadas para aquel lugar, y el general pudo presenciar con satisfacción una brillante revista que se verificó el día 3. Al leer el comisario el nombre del soldado revistado, conmovido Riva Palacio al recuerdo de glorias pasadas, decía: ese estuvo en Guanoro; el otro me acompañó en el Tullillo; éste peleó el 5 de Julio; aquél fué al asalto de Toluca; estos últimos fueron todos soldados de Nicolás Romero; aquéllos lo eran de Robredo y de Bernal; el piquete de infantería que allí se ve, compuesto de veteranos, es la guardia nacional de Zitácuaro; aquel jefe modesto que tiene la mano en el carrillo es el valiente José Acevedo; ese otro que caracolea su caballo es Carlos Castillo. Era una revista de héroes.

A aumentar tan valioso contingente llegaron en aquellos días el coronel Jesús Lalanne y el comandante Manuel Alas, dos jefes de relevantes méritos. Con ellos, ó poco después, llegó el teniente coronel Luis Malo, famoso guerrillero que fué muy útil en la campaña. Estuvimos en Zitácuaro un día: allí se recibió la noticia oficial de los sucesos acaecidos en Tacámbaro el día 20. Era patente la culpabilidad del general en jefe de la brigada ligera. Por lo tanto, Riva Palacio mandó que se le sometiese á un consejo de guerra de oficiales generales, nombrándose fiscal para este caso al general coronel Cosme Varela, residente en Huetamo. La fuerza de Pérez Her-

nández se puso á las órdenes del coronel José María Castro, de quien me ocuparé más adelante. Pérez Hernández marchó á Huetamo, y después no volvió á figurar en el ejército.

En cuanto á nosotros, después de tantas fatigas, natural era que el sueño viniese á reparar nuestras fuerzas. El general estaba alojado en la única pieza habitable que había en aquella casa de D. Lorenzo Rodríguez, situada en el barrio Alto ó del Tompeate, una de las solas dos que no habían sido incendiadas por los belgas; nosotros, el Estado Mayor, ocupamos el soportal; fuera de éste, pero no lejos, se tumbaron los jefes y oficiales, en seguida de ellos los soldados, y en el inmenso patio se dejó suelta la caballada, habiéndose antes regado en el suelo unas barcinas de paja y algunos costales de maíz. Solamente los caballos del general quedaron bien instalados, comodidad relativa, pues que estaban *persogados* en los pilares del corredor, y en el empedrado se les tendió el *pienso*.

En el zaguán estaba la guardia: el somnolento centinela gritaba de cuando en cuando la voz de *alerta*, que se contestaba en el lejano cuartel de la infantería.

Alguien, cuyo nombre no hay necesidad de mencionar, era el único que no dormía. Los estrepitosos ronquidos de sus compañeros; el continuo patear de los caballos; la riña entre algunos de éstos disputándose un bocado de paja en que había más granos de maíz; el viento helado del Norte corriendo debajo de la nube que, poco á poco, iban ocultando las estrellas: todas estas cosas impresionaban su natural nervioso y hacían huir de sus párpados la dulce pesadez del sueño.

De repente se oyeron dos disparos, y luego el trote de caballos que se acercaban. El centinela gritó:

—¿Quién vive?

—¡Libertad! Respondieron por el lado de la calle.

—¿Qué gente?

—Exploradores.

—Alto ahí. Cabo cuarto.

El centinela, preparando su fusil, tomó la actitud de descargarlo si no era obedecido.

El cabo de cuarto salió con su pequeña escolta á reconocer á los que llegaban. La guardia se había formado con sus armas listas.

Reinó entonces un silencio profundo: ya nadie roncaba; la remonta misma se había quedado quieta.

El cabo regresó y dijo unas cuantas palabras al oficial de guardia; éste se dirigió al punto donde se hallaba acostado el coronel Alzati y le habló en secreto, y Alzati penetró al cuarto en que dormía Riva Palacio, volviendo en el acto con la orden de "¡A ensillar!"

Ya todos estábamos en pie: al oír al coronel corrimos á coger nuestros caballos.

No había una sola estrella que interrumpiese la densa obscuridad que nos rodeaba. Nadie reconocía su caballo entre tantos que, llenos de espanto, huían de un extremo á otro en horrible confusión.

Sonaron allá lejos nuevos tiros. La alarma se hizo general: todos nos apresuramos á coger una cabalgadura, aunque no fuese la nuestra, y entonces sucedió otra cosa peor. No hallábamos los frenos, las sillas estaban equivocadas, los sudaderos revueltos.

Oímos un formidable grito.

—¡El enemigo!

No sé cómo ensillamos. No todos, porque ví á algunos que montaron en pelo.

Por fin salimos del corral y en la orilla de la población nos incorporamos á la infantería.

Serían las tres de la mañana. El enemigo había calculado bien la hora del *albazo*, pero no contaba con la viveza de nuestros exploradores que lo sintieron á tiempo, viniendo unos á dar parte y tiroteándose con él los restantes, lo que también nos había servido de aviso.

Clary, con su columna de zuavos, de argelinos y de contraguerrilleros *mexicanos*, llegó á la plaza de Zitácuaro, cuando nosotros salíamos de la ciudad y tomábamos el camino de la Encarnación.

El general dejó á retaguardia un piquete de infantería y una partida de jinetes á las órdenes de Carlos Borda, y la re-

tirada se efectuó sin más novedad que la que en dos palabras paso á referir.

Ibamos ya lejos cuando comenzó á esclarecer. Repentinamente oímos detrás de nosotros una gritería espantosa, y habríamos creído que sucedía algo serio si no hubiésemos escuchado luego risotadas y silbidos. Era que Marmolejo, aquel coloso que conocen ya los lectores, iba montado en una mula, la cual llevaba en vez de sudaderos unas enaguas de castor.

En Laureles, á donde regresamos el día 5, el general recibió un correo extraordinario, y pocos minutos después, todo el mundo sabía que la primera división, al mando del general Régules, había sido derrotada en las lomas que se extienden de Tangancicuaro á Chilchota.

Esta derrota no influyó en el ánimo del general para cambiar su plan de campaña, por más que lo contrariaba ver disminuidos sus elementos de guerra. En el acto dictó la orden de marcha. El día 7 estábamos en Carácuaro, en donde hallamos la brigada de Huetamo, compuesta de quinientos hombres escogidos: el resto quedaba de reserva en esta villa. En virtud de las órdenes que de antemano se habían librado en todas direcciones, en nuestro camino de Carácuaro á Turicato se nos habían ido incorporando diversas fuerzas, incluso seiscientos hombres, restos de la primera división; y el día 15 entramos en Tacámbaro con mil quinientos soldados, hallando allí quinientos más á las órdenes de Arandia. Sólo se esperaban la artillería y el parque, que debían llegar de Huetamo para entrar en campaña.

Veamos lo que había sucedido con el general Régules. Habíamos dejado á este jefe en Zitácuaro en los últimos días de Diciembre del año anterior, después de su feliz expedición á Temascaltepec. El 4 de Enero volvía al centro del Estado, sin hacer frente á Méndez, que marchó sobre él por Maravatío. El general Régules carecía por completo de parque, y se retiró por Tuzantla y Carácuaro, llegando á San Antonio de las Huertas, en donde se le ministraron algunos cajones de aquel material de guerra. El día 13 volvía á aparecer en Ario

y el 16 emprendió su marcha rumbo á Uruapan. Desde allí libró sus órdenes á Ronda para que con la fuerza de su mando obrara en combinación con la que él llevaba, marcándole al efecto el itinerario que debería seguir. El plan era atacar á Zamora, que tenía en aquel tiempo escasa guarnición. Desgraciadamente el correo cayó en poder del enemigo, y entonces fué cuando Méndez, para evitar que, puestos de acuerdo Régules y Ronda, pudiesen operar con éxito sobre la plaza amenazada, reforzó su columna con seiscientos hombres que habían llegado á Morelia, procedentes de Guanajuato, y se dirigió rumbo á Zamora, seguro de encontrarse con Régules.

Este había salido de Uruapan, marchando por Los Reyes, Cotija y Jiquilpan, en donde se hallaba el día 24. El 25 tomó la dirección de Zamora, juzgando que Ronda estaría en Tangancicuaro. En este lugar se encontró con Méndez el día 28 y se libró la batalla que se conoce con los nombres de Loma Blanca ó de La Palma. La primera división contaba con un efectivo de dos mil hombres, de las tres armas; y los imperialistas de Méndez con mil ochocientas plazas, infantería, caballería y artillería.

“El general imperialista D. Ramón Méndez, dice Zamaois, hizo el reconocimiento de la posición que ocupaban sus contrarios y dispuso el ataque. La fuerza con que Méndez había tomado aquel rumbo, aunque inferior en número, era de las más aguerridas que tenía el ejército mexicano imperialista, mientras en la de Régules había mucha gente que había sido cogida de leva poco hacía, y que por lo mismo carecía de instrucción necesaria en el manejo de las armas y en las evoluciones: sin embargo, el resto de la tropa estaba acostumbrado á los combates y se componía de gente valiente, aunque escasa de equipo y fatigada por las largas y continuas marchas que se veía obligada á hacer con frecuencia para burlar los planes combinados de las columnas móviles destacadas en su persecución.

“Hecho el reconocimiento por el general imperialista D. Ramón Méndez y dispuesto, como he dicho, el ataque, se emprendió éste con todo vigor por una y otra parte. Era el 26 (debe decir el 28) de Enero cuando se verificó este encuen-

tro que fué verdaderamente reñido. Hubo momento en que los republicanos llegaron á envolver á sus contrarios, á apoderarse de un cañón, matando á todos los artilleros, y á poner en el mayor aprieto á las fuerzas imperialistas; pero en aquella crítica situación, el coronel Santa Cruz con doscientos jinetes del regimiento de su mando, y el comandante Ceballos con el resto del batallón del Emperador, cargando en columna cerrada sobre los flancos de los republicanos, arrollaron á éstos hasta sus posiciones, rescatando el cañón y obligándolos á abandonar un número no escaso de imperialistas que habían hecho prisioneros. Recobrada la pieza de artillería, acometieron con extraordinario vigor las posiciones. Los republicanos sostuvieron valientemente el choque; pero después de tres horas más de combate, se vieron precisados á emprender la retirada en diversas direcciones á las siete y media de la noche, dejando sobre el campo de batalla 108 muertos de la clase de tropa y algunos jefes y oficiales, todas sus municiones de fusil y cañón, mucho armamento y bastantes cargas de diversos efectos. El número de prisioneros que cayó en poder de los vencedores ascendió á cuatrocientos diez y ocho hombres, entre ellos algunos oficiales (seis que fueron fusilados sobre el campo). Los imperialistas tuvieron veintidós muertos del batallón del Emperador y cincuenta y cuatro heridos de todos los cuerpos, todos ellos de lanza. Además tuvieron veinticinco caballos muertos del 4º regimiento, del escuadrón de La Piedad y de rurales de Ario.”

Sólo agregaré por vía de ampliación y de rectificación á los detalles referidos por el historiador imperialista, que en el momento en que estaba indecisa la victoria, el general Régules destacó sobre el centro de la línea enemiga un batallón, y por el flanco izquierdo la caballería de Toluca, al mando de Espiridión Trejo; pero mientras que ésta cargó valientemente, la infantería tuvo que retirarse en desorden, porque sus fusiles no dieron fuego, á causa de la mala calidad de los cápsules. Entonces nuestras fuerzas quedaron derrotadas, y habrían sufrido mayor pérdida si no hubiera sido porque el coronel Garnica dió una segunda carga, con lo que no sólo impidió los avances del enemigo, sino que lo hizo abandonar el

terreno en medio de la obscuridad de la noche. El general Régules, derrotado, se internó á la sierra, y Méndez se replegó á Tangancícuaro sin levantar el campo, lo cual hicieron al día siguiente los vecinos de ese pueblo y los de Chilchota.

El general Régules se retiró con seiscientos hombres y su artillería íntegra, tomando el rumbo de Paracho y Uruapan y llegando el día 30 á Ario. Desde allí envió á Martiniano León, comandante de artillería, á llevar á Huetamo los cañones, ya faltos de parque y con el objeto de componer los montajes.

En aquellos días, en que el general Riva Palacio se hacía la ilusión de contar con un ejército de más de cuatro mil hombres, la adversa suerte nos hacía perder cerca de trescientos en Tacámbaro, y en La Palma mil cuatrocientos y las armas correspondientes, el parque y demás elementos de guerra, quedando además inutilizada la artillería.

Sin embargo, los pueblos veían que nuestras tropas, lejos de esquivar el combate, tomaban la iniciativa, y que soldados bisoños, sin instrucción ni disciplina, con fusiles que no daban fuego, se batían á campo raso por más de cuatro horas, "poniendo en aprietos, como dice Zamacois, á los soldados veteranos del imperio."

El general Régules estaba profundamente afectado por la derrota de La Palma, pero vino á consolarlo la noticia publicada en aquellos días por el periódico *La Sociedad*, de México, avisando que el Presidente Juárez acababa de expedir despacho de general de división á cada uno de los generales de brigada Ignacio Mejía, Diego Alvarez, José María Carbajal y Nicolás de Régules.

CAPITULO XXXV.

(1866)

Marcha de Méndez.—Combates parciales.—Darío Alzati prisionero.—Es libertado por los vecinos y guerrilleros de Zitácuaro.—Derrota del Ranchero.—Realización de un plan.—Conducta censurable de Ronda.—En marcha hacia Uruapan.—El ejército republicano y el ejército de Méndez.—Batalla de la Magdalena.—Ocupación de Pátzcuaro.—Pánico en Morelia.

El día 1º de Febrero se incorporaron en Ario á la fuerza del General Régules, un piquete de caballería que al mando del Teniente Coronel Villalobos había emigrado desde Pachuca, y la pequeña fuerza del Coronel Villada, compuesta del batallón "Fieles de Michoacán," con un efectivo de trescientos hombres, y del escuadrón del infortunado Solano, que había fallecido un mes antes, víctima de tristeza, porque se le imputaba complicidad en la traición que produjo la catástrofe de Santa Ana Amatlán.

Méndez, después de su costoso triunfo de la Palma, se dirigió en persecución de Régules por Paracho, Uruapan y Taretan, llegando á Ario á las tres de la tarde del día 4 sin lograr su objeto. Régules se retiró á Turicato; Salgado á la hacienda del Tejamanil; Villada marchó á Tacámbaro, y unido á la 2ª división en la tarde del mismo día, ambas fuerzas salieron para la Cuesta del Toro y el 5 llegaron á la hacienda de San Vicente (Arroyo de Apo). Ronda, que de Quiroga marchaba á Tacámbaro, en cumplimiento de las órdenes recibidas, sabedor del movimiento de Méndez, fué á situarse á Cruz de Caminos, permaneciendo allí en observación del enemigo.